

El Papa Francisco ha hecho una llamada, desde el comienzo de su Pontificado, para que el cristiano salga de sí mismo y se haga presente en las "periferias existenciales", cualesquiera que sean para, allí, encontrarse con los demás, con los otros...

Para ello es preciso crear, desde la fe, una cultura del encuentro, de la amistad, cultura donde hallemos hermanos; donde podamos hablar con quienes no piensan igual, con quienes profesan otra fe. Todos tenemos en común ser imagen de Dios.

Nos habla de acercarnos con amor y ternura al herido en el camino, a los más alejados, olvidados, a quienes necesiten comprensión, consuelo, ayuda... Hemos de llevar al hombre de hoy al encuentro con Cristo por todos los extremos de la tierra.

En Victoria Díez nació muy pronto este deseo de acercamiento a los lugares difíciles y fronterizos, al descubrir, todavía muy joven, que su verdadera vocación era entregar su vida a Dios en las misiones. Siendo misionera podría darlo todo hasta su misma vida. "No me importa --dice-- ir aunque sea al fin del mundo, si allí he de darle gloria".

No obstante, sabiendo que sus padres se opondrían a su marcha --era hija única-- optó por la carrera de Magisterio, una de las pocas vías por entonces, accesibles a la mujer. "Mis padres, a los que tanto quiero, se oponen a que haga mi voluntad, que es la tuya. ¿Qué hago, Dios mío?".

En noviembre de 1925 entra en contacto con la recién fundada Institución Teresiana. Esa tarde --ella la llama "la tarde del encuentro"-- abre a Victoria nuevas perspectivas que fusionan la idea de entregarse a las misiones y su Magisterio. La clave para esta integración la encontró en el sentido de "Buena Nueva" con que Don Pedro Poveda, sacerdote y fundador de la Obra Teresiana en 1911, entendió el oficio de educar y de llevar la cultura a la sociedad: abrir caminos a la justicia que brota de la fe, luchar humilde y valientemente contra todos los males que duelen a las personas y a los pueblos, sin despojarlos de lo sagrado.

La Obra estaba pensada para vivir en medio del mundo, formando parte de la sociedad al estilo de los primeros cristianos. Una identidad marcada por su modalidad seglar, su finalidad única y su programa específico que la constituyeron en una de las primeras organizaciones laicales femeninas en la Iglesia de España.

Victoria no necesitó nada más. De pronto se le cayeron las resistencias a ser maestra. El camino a la misión estaba claro.

El secreto para hacer eficaz este apostolado: "Poner a Dios en el corazón". Vivir unida a Dios. Ser de El. Hacer de la oración el elemento imprescindible de la vida. "Sabe El muy bien -- escribe Victoria al respecto-- que con risa o con llanto lo llevo siempre dentro del corazón y en primera fila".

Su primer nombramiento oficial en 1927, tras ganar las Oposiciones correspondientes, es para un pequeño pueblo de la provincia de Badajoz: Cheles. Pero el verdadero destino de Victoria está en Hornachuelos, donde permanece desde el año 1928 hasta el final de sus días en agosto del 36. El Hornachuelos al que llega Victoria es un pueblo ya en pleno conflicto social, con grandes diferencias entre los propietarios y una amplia clase desposeída.

Desde el primer momento su lugar y preocupación están claramente con los pobres, sin que ello signifique ningún tipo de exclusión.

Siente el deseo de entrañarse con sus gentes, de conocer a fondo su realidad, de hacerse "todo para todos"... Y lo exterioriza en una frase que ha quedado definitivamente escrita en la historia de su corta vida: "Señor, pídemme precio". Nada la detendría.

Allí desarrolla una intensa actividad al servicio de la Iglesia y de la sociedad local, además de sus tareas específicas como docente. Impulsa la Acción Católica, organiza cursos nocturnos para mujeres trabajadoras, ayuda a las familias necesitadas y pone en marcha la catequesis infantil, que continuará impartiendo cuando se prohíbe a los maestros dar clases de Religión. Al mismo tiempo ejerce sus funciones como presidenta del Consejo Local del Pueblo.

Pero si Victoria conquistó enseguida aquella pequeña sociedad de Hornachuelos, no fue precisamente por sus cualidades ni por todo lo que hizo, con ser mucho, por ampliar las posibilidades humanas del entorno. Ya había dicho Poveda --ella lo sabía bien-- que "los hombres y las mujeres de Dios son inconfundibles: No se distinguen porque sean brillantes, ni porque deslumbren, ni por su fortaleza humana, sino por sus frutos", es decir, por su forma de situarse y compartir la vida.

En la madrugada del 12 de agosto de 1936 fue conducida, junto con 17 hombres, entre ellos el párroco, a las afueras del pueblo para emprender una marcha de 12 Km. sin retorno posible. A lo largo del camino Victoria les alienta: "Animo, daos prisa, nos espera el premio, veo el cielo abierto". Llevó hasta el extremo el reto del dar.

Victoria hoy sigue animando a quienes, como ella, están presentes en las "periferias" de nuestro momento.

Desde estas páginas invitamos a la Eucaristía que se celebrará el día 12 de agosto a las 20.00 horas y que será presidida por don José Antonio Rincón S.J, en la plaza de la Concha nº1

\* En el 78 aniversario del martirio de la beata Victoria Díez, miembro de la Institución Teresiana